

En cuanto á la escultura, es rica, variada, preciosa y abundante.

#### ESTILO ROMÁNICO.<sup>1</sup>

Hay en la historia de Francia un pueblo que presenta un punto de contacto muy notable con el lombardo: es el normando. Es asimismo un pueblo bárbaro que, apenas convertido, se establece y hace suceder la paz á la guerra, la justicia á la violencia, la prosperidad á la ruina. En el siglo X, Roll, el viejo monarca del mar, se estableció en la parte de las Galias que se le concedió. Bien pronto, Normandía hubo de organizarse, y fecundada por una sangre nueva, al desarrollarse mirase á sus habitantes defender al Papa contra los griegos de Constantinopla, y fundar en el Mediodía de Italia un establecimiento perdurable.

Algunos de estos nuevos defensores de la Iglesia, trataron de llevar á Normandía el recuerdo de los monumentos que hubieron admirado; y sobre todo, el de la arquitectura entonces en boga; es decir, la de los lombardos. Pero una transmisión del arte italiano más directa y más autorizada, por distinto camino se efectuaba. Lombardía, que era el emporio de la civilización de la época, enviaba misioneros á las diversas partes de Occidente, para difundir en ellas las más sanas doctrinas, tanto en arte como en teología. En efecto, no se limitaron á las predicaciones aquellos sacerdotes, sino que igualmente se ocupaban en la construcción de iglesias, de las cuales con verdadero ardor trazaban los planos; como hizo el monje lombardo Guillermo en Borgoña, Lefranc en Bec, y otros. Guillermo el Conquistador púsole á la cabeza de la primera abadía de Caen, otorgándole más tarde la sede arquiepiscopal de Cantorbery; siendo el mismo que labró los cimientos de la iglesia que á continuación vamos á ver.

1. Se ha criticado esta expresión. No define, sin duda, por completo; pero es tan verdadera aplicada á la arquitectura como á la lengua. Por otra parte, el uso la ha sancionado del todo. Algunos lo llaman también *romántico*.

*San Esteban de Caen.*—Testimonio de un arte claramente constituido es este edificio, que recuerda el estilo del cual San Miguel de Pavía es hoy uno de los más antiguos monumentos. Hay también otras iglesias construídas en la misma época en Normandía, tales como la de San Jorge de Borscherville, la Abadía de las Damas (*aux-Dames*) de Caen, y la Abadía de Jumièges.

Todos estos monumentos presentan una disposición análoga á la de San Miguel de Pavía: nave mayor abovedada, separada de los colaterales por pilares cantonados de columnas empotradas, las cuales son muy alargadas del lado de la nave; y crucero acentuado, dando á la planta la forma de una cruz latina. En la Abadía de las Damas, la galería superior está simulada, marcándose por una serie de pequeñas arcadas cuyos pies derechos no tienen más que un débil saliente. En Borscherville, esta galería es muy baja y se abre hacia la nave por tres arcadas que descansan sobre columnas. En San Esteban tienen la misma anchura y casi la propia importancia que los colaterales, hallándose muy abierta hacia la nave. En cada una de las iglesias de Caen, se ha aprovechado el espesor del muro para disponer un tránsito delante de las ventanas abiertas en la galería. Todos estos claros, así como las bóvedas son de medio punto.

La disposición de las bóvedas de San Esteban, es muy notable: la nave mayor está cubierta por bóvedas de arista trazadas sobre una planta sensiblemente cuadrada, y cuya generación no hemos aún llegado á ver en los ejemplos anteriores. Arcos apuntados se levantan sobre cada una de las grandes columnas de la nave; después, de dos en dos tramos, parten nervaduras en diagonal, análogas á las de una bóveda de arista construída sobre planta cuadrada, y cuyos empujes son recibidos por columnas unidas á las primeras. La bóveda principal dirigida en el sentido de la nave mayor, es de cañón; cada una de las bóvedas incidentes está engendrada por el movimiento de una línea que tiene la condición de ser horizontal y de apo-



yarse sobre una semicircunferencia peraltada, que se aplica contra el muro de la nave, y sobre la mitad de un aristero primeramente, después sobre la mitad también de uno de los arcos apuntados intermediarios. Desconócese, en verdad, la causa de esta disposición singular, que parece atribuirse á la ignorancia de la época.

La fachada principal está tratada con sobra de sencillez: hay en el primer piso tres puertas; arriba dos series de ventanas de medio punto, como las puertas; en seguida el piñón de la nave mayor comprendido entre dos elevados campanarios de elegante forma, coronados de altas y muy notables flechas, pero que son de factura posterior.

La arquitectura de la Abadía de los Hombres así como la de San Jorge de Borscherville, la de las Damas y la de Jumièges, es firme y monumental, y la decoración enérgica y sencilla. Debe notarse, sobre todo, que las proporciones son allí más esbeltas que en los edificios precedentes, lo cual constituye un sello particular de la arquitectura del Norte de Europa.

IGLESIAS ROMÁNICAS Á ORILLAS DEL RHIN Y EN AUVERNIA.—Numerosas basílicas abovedadas se levantaron á la sazón en todos los puntos de Francia que no habían sido invadidos por las disposiciones bizantinas; pasando otro tanto en Alemania á orillas del Rhin, en Italia y en Inglaterra, lugar este último donde los normandos acababan de establecerse como señores y dueños.

Los edificios religiosos de las márgenes del Rhin, cubren sus naves con bóvedas de arista, como se observa en las iglesias de San Martín de Colonia y en la abadía de Laach. Igualmente allí se hallan bóvedas sobre pechinas, no sólo en la intersección de los brazos del crucero, sino sobre las naves mayores; como en la iglesia de San Gereón de la misma Colonia. La arquitectura de este país, participa al mismo tiempo del bizantino y del lombardo, tanto en sus disposiciones generales como en sus detalles. Más espléndida y racional que la normanda,

es claro testimonio de una larga elaboración y de mayor amplitud en sus concepciones. Es notable, sobre todo, por el bello carácter y el desarrollo que supo dar á los campanarios y las ábsides.

En Auvernia, parece como que se retrocedió ante las dificultades que presentaba la aplicación de las bóvedas de arista para cubrir las grandes naves; recurriéndose entonces á la bóveda de cañón, cuyos empujes están contrarrestados, como los de las bóvedas normandas, por las medias bóvedas—también de cañón—de las galerías dispuestas sobre los colaterales. Las columnas se han aplicado contra los pies derechos rectangulares, y son muy elevadas: las naves también son muy altas con relación á su anchura: los colaterales no terminan en la extremidad de la nave, y se prolongan más allá del crucero, en torno del ábside principal, de suerte de facilitar la circulación y servir de pequeñas ábsides radiantes. Esta disposición muy ingeniosa y conveniente, se desarrolló después, á punto de llegar á ser de una importancia capital. A ella se deben las formas accidentales y características de las cabeceras de las iglesias francesas.

Uno de los caracteres distintivos de la arquitectura de Auvernia, son los compartimientos de mosaicos formados por la juxtaposición, según dibujos regulares y sencillos, de las piedras diversamente coloridas que produce la comarca. Estos mosaicos determinan un feliz sistema de decoración exterior; guarnecen las superficies lisas, introducen la variedad en las fachadas y dan, á poco costo, riqueza y distinción.

Las disposiciones generales que acaban de mencionarse provienen de una fuente, en lo que poseen de más fundamental, es decir, las naves abovedadas, y sobre todo las columnas alargadas? Si difícil es afirmarlo, es más aún negarlo. Las mismas condiciones han podido ciertamente conducir al propio resultado; y la necesidad de abovedar las iglesias para que no se repitieran los incendios que tan numerosos habían sido, manifestábase por todas partes á la vez, desde los comien-



zos de la undécima centuria. En cuanto á la pronunciada alteración de las proporciones de las columnas, no fué debida á ninguna exigencia material: es hija del gusto, de un pensamiento artístico; y es más de creerse en la transmisión de la forma que en la renovación de la idea; sobre todo cuando se recuerda que la Lombardía estaba floreciente, y considerada como brillante emporio de las luces de la época; y que poseía frecuentes relaciones con las diversas partes del resto de Europa civilizada.

Pero no son únicamente las disposiciones generales las que cambian de una provincia á otra, en el curso de los siglos XI y XII; los detalles de la decoración varían también, pero las divergencias son entonces menos pronunciadas; necesitándose una vista muy ejercitada para reconocerlas desde luego. Salvo en algunos puntos en que los romanos hubieron conservado más autoridad, por la mayor suma de monumentos que dejaron, la exornación abandona las tradiciones que había seguido hasta entonces, trocándose de romana que era, en bizantina. Débese este hecho, al movimiento inicial de aquella época histórica, en la que el Oriente representaba tan alto papel en Europa, originado por la influencia poderosa de los árabes.

En los monumentos de este período, los capiteles son, en general, muy firmes; se hallan rematados por vigorosos ábacos dispuestos sobre planta cuadrada, y ampliados de manera de presentar una ancha base al empuje de los arcos que directamente se apoyan sobre los capiteles, los que recuerdan por su disposición general, ya la forma corintia, ya la cúbica de la arquitectura bizantina. Los follajes desempeñan aquí un gran papel, pero no están tomados de la flora del país; son agudos, variados, vivamente recortados y con frecuencia enlazados con encantadora fantasía. Hacia fines del siglo XI, los capiteles historiados adquieren cierto prestigio; sin que se abandonen, por otra parte, los que se hallan decorados de hojas. Sobre algunos, se encuentran grifos, esfinges, sirenas, animales fantásticos, y á no dudarlos, simbólicos; entre otras cosas, están

esculpidas escenas del Antiguo ó del Nuevo Testamento, alegorías ó asuntos históricos. Obsérvase la mayor variedad no solamente de una comarca á otra, de uno á otro edificio, sino entre los capiteles de un mismo monumento. Sin duda el arquitecto se limitaba á prescribir las dimensiones, abandonándose las formas decorativas á los demás artistas; quienes las diversificaban á su antojo. A uno solo tocábale la alta dirección: á varios los detalles. Numerosos artistas eran llamados á contribuir á la obra, y cada uno de ellos marcaba en ésta su sello. Había, pues, unidad en el conjunto, y diversidad infinita en las formas secundarias.

Las arquivoltas, sobre todo las de los porches, son poderosas, fuertemente acentuadas y con exornación muy rica. Sus ornatos son en extremo variados; consisten en entrelaces y enrejados, palmas, meandros, losanges, grecas, estrellas, perlas, flores, torsales, zig-zags diversamente combinados, etc.; cubrense algunas veces de figuras en pie, sentadas ó de rodillas. Las cornisas son sencillas y poco salientes; habitualmente consisten en saledizos que sostienen modillones, ora desprovistos de ornatos, ora decorados con cabezas, hojas, puntas de diamante, etc. Algunas cornisas están sostenidas por una serie de pequeños arcos semicirculares, cuyas extremidades ó descansan sobre ménsulas ó terminan en escuadra.

Un ornato característico de la época, es una serie de pequeños arcos aplicados en los intrados de las arcadas: son los *lobulos* (fig. 44); forma probablemente tomada de los árabes, que dejaron memorables ejemplos en la mezquita de Córdoba.

Finalmente, las figuras esculpidas ó pintadas en los monumentos de que se trata, por completo salen de las formas del arte romano. Las actitudes son rígidas y frías; los rostros alargados; las fisonomías finas y calmadas; ricamente exornados los vestidos; dispuestos los ropajes y los mantos en pequeños pliegues muy ajustados y habitualmente dirigidos como en espiral.

Este sistema de ornamentación se aplica lo mismo á los edi-



ficios que tienen por punto de partida la basilica romana, como á aquellos cuyas cúpulas anuncian el origen bizantino. Sirveles, por decirlo así, de liga común, cúbrelos á todos como con un mismo traje; y les da un aire de familia á pesar de la diversidad de orígenes.

Así, Francia poseía en el siglo XII un estilo arquitectónico bien caracterizado. Varía, sin duda, de una á otra provincia, por falta, en aquel entonces, de unidad nacional; y cada una de las grandes divisiones de ese territorio, poseía su vida propia y su carácter particular. No era este un producto espontáneo del suelo; debíase á inspiraciones extrañas, que hubieron de dictar las disposiciones generales, así como el modo de ornamentación; aun cuando eran diversas tales inspiraciones. Sin embargo, todo este conjunto había sido de tal suerte elaborado, que la época se lo asimiló, llegando á formar un arte muy especial que no se confunde con otro alguno y que se halla ilustrado por admirables monumentos: es el Románico, calmado, grave, monumental, de un carácter religioso altamente pronunciado; y que lo mismo se ajusta á una gran riqueza como á una extrema sencillez. Carece de regla formulada, de proporciones consagradas: se adapta á todas las exigencias, se acomoda á todos los materiales, y puede hacer variar, de acuerdo con las circunstancias, las formas de sus columnas y de todos sus ornatos. Puede, á no dudarlo, reprochársele cierta pesadez en sus formas, y en sus concepciones; tímido, pero descansando sobre amplios fundamentos, testifica demasiada independencia con relación á las arquitecturas anteriores, para que sea permitido desconocer el desenvolvimiento de que fué susceptible.

#### ESTILO OJIVAL.<sup>1</sup>

En el momento en que la arquitectura románica acababa de levantar sus más importantes construcciones, y en que, des-

1. Con toda impropiedad se le da también por el vulgo el nombre de *gótico*; denominación que debe desecharse como anacrónica, según lo enseña la Historia del Arte.

prendida de las incertidumbres de sus comienzos, parecía llamada á hacer rápidos progresos, un movimiento considerable se producía en los espíritus, y anunciaba una renovación del arte. Conmuévase toda la organización social en los principios del duodécimo siglo, y tal parece como que los mismos poderes públicos van á trastornarse. Al par que se constituyen las comunas, surgen los conocimientos humanos de los claustros que hubieron de abrigarles durante los prolongados siglos de barbarie; por donde quiera se esparcen é incitan á sacudir el yugo de las añejas tradiciones. La filosofía, las letras, se modifican, y la misma arquitectura ensaya con timidez primero, y con vigor después, formas sin precedente: acaba de renovarse. Pero ya no se le ve dirigida por el clero secular como en los pasados tiempos; es, en lo de adelante, á los laicos á quienes se debe tal cuidado; éstos encuentran apoyo no solamente en las nuevas tendencias, sino aun en el episcopado que viene en su ayuda; de la misma manera que el poder real favorecía, en cierto modo, el establecimiento de las comunas. Hay, sin embargo, un enemigo común: el feudalismo. El rey se esfuerza en amenguarlo en el orden civil; lo combate el obispo en el orden religioso, y el pueblo, que tiene el instinto de sus intereses, se coloca resueltamente de su lado; toma buena parte en la contienda empeñada á la vez contra el feudalismo de los monjes y contra el de los señores. Los obispos empero, anhelan testimonios sensibles de su poder sagrado, y quieren que las catedrales, modestos edificios hasta entonces, sobrepujen á las más ricas abadías; y las poblaciones responden á su voz con un ardor prodigioso y un verdadero entusiasmo. Los recursos abundan: todos los esfuerzos parecen dirigirse á un mismo objeto: la construcción de inmensas catedrales constituye la más grande labor de la época; y se ve alzarse en todas las diócesis de Francia y de otras partes, edificios de una extensión y de una importancia desconocida desde mucho tiempo atrás. Las magníficas catedrales de Noyon, de Paris, de Bourges, de Laon, de Soissons, de Chartres, de Reims, de Amiens,